

Memorial Device

Memorial Device
Una alucinada historia oral de la escena
postpunk en Airdrie, Coatbridge
y alrededores (1978-1986)
DAVID KEENAN



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
This Is Memorial Device

Copyright © DAVID KEENAN, 2017

Primera edición: 2018

Traducción

© JUAN SEBASTIÁN CÁRDENAS

Imagen de portada

Póster para el New Wave FMK, 1981, Soós, GYÖRGY

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2018

Paris 35-A

Colonia del Carmen, Coyoacán

04100, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN CALLEGO

Impresión

COFÁS

Formación

GRAFIME

ISBN: 978-84-16677-46-7

Depósito legal: M-26117-2017

Impreso en España



Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



The translation of this title was made possible with the help of Publishing Scotland's translation fund

ÍNDICE

Introducción a por qué lo hice	9
Oculto, bloqueado por la química, por el agua	11
Esto no tiene ni pies ni cabeza	21
Resacas de día que sólo puede remediar una sesión de masturbación frenética	29
De repente me doy cuenta de que Remy y Regina estaban liados (lo creáis o no)	35
Rimbaud estaba desesperado o Iggy ya lo ha vivido	41
Todo el mundo andaba en busca del mítico <i>ménage-à-trois</i>	47
Partículas de serrín rubio (polvo de estrellas rubio)	53
Una hermosa forma de autoescarificación que además es infinitamente irresistible	61
Intentó que le extirparan los testículos por la Seguridad Social	73
La luz dorada que salía por la vitrina y se derramaba sobre el pavimento como un sueño perfecto	79
En mal estado y con pegatinas de oferta	97
Un candidato plausible para el sexo, para el matrimonio, para el secuestro o para cualquier futuro radicalmente diferente	99
Remoloneando como un gato en la noche, robando mis sueños	103

Scatman y Bobbin, el Dúo Dinámico	111
El día de los vampiros congelados	121
Celdas de aislamiento para bailarinas con sobrepeso	127
Seguir a una chica de veinte años hasta el otro lado del mundo y montar un negocio en una zona de guerra	137
Aquí es donde voy a esperar sentado y después fecundaré el futuro	163
Una subalterna, una vida humilde, un pajarillo	173
Creí que le habían rebanado la tapa de los sesos y se los estaban sacando a cucharadas	183
Cada decepción era algo así como un regalo proveniente del cielo	193
Barcos saliendo a la superficie y pasando a través del agua llena de luz del sol y memoria, los juegos que ésta hace	209
Una vacuna contra esa clase de vida que aniquila el espíritu propia de la costa oeste de Escocia	227
Sangre y agua dentro de mí que necesitan un norte	239
La novia de mis sueños, que es, claro está, mi madre, pero sin vagina, por favor	253
Vi tantas lunas muertas dando vueltas alrededor de una estrella	261
APÉNDICE 1: Discografía de Memorial Device	275
APÉNDICE 2: Un intento necesariamente incompleto de mapear el alcance de la escena musical postpunk en Airdrie, Coatbridge y alrededores, 1978-1986	279
APÉNDICE 3: Memorial Device	283

INTRODUCCIÓN A POR QUÉ LO HICE

Lo hice para sacar la cara por Airdrie. Lo hice por Memorial Device. Lo hice porque luego todos se largaron y se volvieron trabajadores sociales y recibieron cursos sobre cómo enseñar inglés como lengua extranjera o consiguieron trabajo en Greggs; bueno, no todos, algunos murieron o desaparecieron o más bien se recluyeron. En fin, lo hice, iba a decir que lo hice porque en esa época todo parecía posible. Por «esa época» me refiero a 1983 y 1984 y 1985, lo que llamo los años de gloria, los años gloriosos de Airdrie, vaya broma, ¿eh? Aunque en realidad eso sería faltar a la verdad porque en esa época todo parecía más bien imposible.

Johnny McLaughlin y yo, ésos éramos entonces. Nosotros creíamos que era importante, lo que estaba pasando, digo. Pensábamos que era importante documentarlo. Publiqué algunos artículos en el *Airdrie & Coatbridge Advertiser*. Esto está pasando en vuestras narices, señores, les dije. Esto no es Mánchester o Londres o el puto Chingford. Esto es Airdrie. Tenía el proyecto de sacar un casete, un casete con todas las bandas locales, Memorial Device, claro, y Glass Sarcophagus y Chinese Moon y Steel Teeth pero no a Fangboard, no, que se jodan, cualquiera menos ellos, y quería llamarlo *Esto es Airdrie*. Pero, por supuesto, nunca lo hice. Quería escribir y publicar un fanzine, y desde luego Johnny y yo publicamos un fanzine que duró en total un solo número, antes de que yo tirara el segundo detrás de unos arbustos en Rawyards Park y meara encima de ellos, en lo que quizá haya sido mi mayor contribución a la escena. Pero, por encima de todo, lo que yo quería era escribir un libro.

El 83, el 84 y el 85 fueron los años de Memorial Device. Todos los miembros habían estado antes en otras bandas,

bandas que tenían su público, bandas que a algunos les parecían un mal chiste, pero cuando se juntaron ya era innegable. Su sonido no se podía comparar a nada. Sonaba como Airdrie, que es como decir que sonaban como sonaría un puto agujero negro. Todos los amaban o los odiaban y la gente que los odiaba los amaba el doble. Creíamos que llegarían hasta la cumbre, creíamos que dejarían el nombre de Airdrie en todo lo alto, la revancha de Coatbridge, que inmortalizarían Greengairs. Corrió el rumor de que cuando Sonic Youth tocó «Splash One» en Glasgow en el 86, pidieron que Memorial Device fueran sus teloneros. ¿Quién sabe qué habría pasado? Pero para entonces ya todo se había acabado. ¿Y qué nos queda para mostrar? Nunca me lo pude quitar de la cabeza. Con los años empecé a rastrear a la gente, escribiendo cartas, haciendo tristes llamadas telefónicas de larga distancia a altas horas de la noche. Todavía conservaba mis entrevistas de aquellos días, había escrito algunas cosas, convencí a Johnny para que hiciera lo mismo. La música dejó de ser lo más importante, dijo Johnny. Bueno, ¿y entonces de qué se trata? Como dije, lo hice para dar la cara por Airdrie. Lo hice por Memorial Device. Lo hice porque, por un momento, incluso cuando todo parecía imposible, todo el mundo estaba haciendo de todo, leyendo, escuchando, escribiendo, creando, pegando pósteres, tomando notas, desmayándose, vomitando, ensayando, ensayando, ensayando en oscuros cuartos sin ventana a las dos de la tarde como si el futuro estuviera justo allí, esperándonos, y más nos valía estar listos. Y ahora todo eso se pudre en el pasado. Por eso lo hice, si queréis que os diga la verdad.

ROSS RAYMOND, Airdrie, Lanarkshire, Escocia,
abril de 2016

OCULTO, BLOQUEADO POR LA QUÍMICA, POR EL AGUA

En 1981, Ross Raymond conoce a Big Patty y a Lucas Black y todo cambia y yo sé, yo sé que me repatea cuando la gente dice cosas como oh, ese disco me cambió la vida, ese libro me cambió la vida, Led Zeppelin me cambió la vida, cuando cualquiera sabe que su vida siguió siendo la misma, pero fue conocer a Patty y Lucas y empezar a asistir a conciertos con Johnny McLaughlin y comprar discos y escuchar esa música y realmente todo cambió, aunque sería más acertado decir que deformó mi vida en lugar de simplemente cambiarla, ya sabes a qué me refiero. Y si lo sabes, estás dentro.

En la época en la que lo conocí, Big Patty vivía en alguna parte cerca del final de la calle South Bridge, en Airdrie, que hoy en día es la peor calle de todo Airdrie, la calle con más casas tapiadas de Airdrie, la calle que mejor refleja que Airdrie está completamente muerta, pero lo extraño es que no me acuerdo del día en que lo conocí, quizá me lo encontré una noche en The Staging Post, enfrente del camino que sale de la Biblioteca de Airdrie, quizá me lo encontré en la propia biblioteca. Yo era un adolescente flipado con el horror, el existencialismo y la ciencia ficción —ya sabes a qué me refiero: mi castillo medieval—, pero lo cierto es que no me acuerdo, lo que resulta extraño, pero acertado, acaso, porque se asemeja más a la amnesia posterior a una abducción alienígena que al comienzo de una larga y complicada amistad, que, rememorando, es lo que se aproxima más a lo que aquello parecía realmente.

Él fue quien me introdujo en la escena musical. Pasé la Nochevieja de 1981 en su piso, que para mí suponía un paraíso

sin padres e infinitas posibilidades, pero en cuanto sonaron las campanas nos obligó a salir a la calle y terminamos de pie en un parque, en la oscuridad, cerca de la Airdrie Academy, con la esperanza de que el futuro viniera caminando detrás de nosotros y nos diera una palmadita en los hombros. Por aquel entonces Johnny McLaughlin y yo estábamos preparando un fanzine. Lo llamábamos *Una noche es una mañana que uno se apresura a iluminar (A Night Is A Morning That You Hasten To Light)*. El título se le ocurrió a Johnny. Venía del francés o algo así. Para el primer número entrevistamos a Big Patty.

La noche antes de la entrevista no pude dormir. Siempre me pasaba lo mismo antes de acontecimientos importantes. Me preocupaba que las preguntas resultaran banales. En esa época de mi vida mi cama estaba debajo de una claraboya en la buhardilla de la casa en la que vivían mis padres, al lado de un radiador, donde mi gato, que se llamaba Cody por el personaje de Neal Cassady en *Visiones de Cody* y al que recuerdo ahora como a un fantasma perplejo con unos ojos grandes como de búho que se asomaban desde el pasado, se hacía un ovillo en el hueco que dejaban mis piernas y al pie de la cama tenía una estantería repleta de temores indiscriminados —me educaba a mí mismo en el sufrimiento, durmiendo desnudo en medio del bosque, me decía— a cargo de autores como Philip K. Dick o Christopher Lasch o Albert Camus o H. P. Lovecraft. En algún momento de la noche mi madre subía las escaleras y llamaba a la puerta de mi habitación: siempre tenía echado el pestillo de la puerta porque los padres se meten siempre donde no les llaman. Estaba escuchando *Y* de The Pop Group, que era uno de mis discos favoritos por aquel tiempo —lo puse una y otra vez hasta que los surcos reventaron y casi literalmente reventaron porque el disco sonaba rayado y la aguja saltaba— y estaba fumando un cigarrillo asomado por la ventana mientras observaba una arboleda que se recortaba sobre el horizonte y que siempre asociaba con el futuro o con el misterio que suscitaba toda la vida que me quedaba por delante. Espera, dije. Cuando quité el pestillo, ella me preguntó qué estaba haciendo.

Me estoy preparando para una entrevista, respondí. Creo que he debido de estar despierto la mayor parte de la noche, dije. ¿Tienes alguna idea para las preguntas?, la interpele. Ella se lo pensó un momento. Sí, me dijo. Tienes que preguntarle si siempre dice la verdad en las entrevistas.

Nunca me han entrevistado antes, contestó Big Patty. ¿Cómo coño iba a saberlo yo? Había subrayado una frase de un libro de filosofía, algo sobre la naturaleza del amor. Daba la sensación de que estaba cortado. Ni idea, me dijo. Me quedé hasta las cuatro de la mañana pasando a máquina la entrevista, luego caí redondo.

En aquella época repartía periódicos. Todo el mundo en Airdrie repartía periódicos, era un rito de paso en Airdrie, y tenía dos o tres cintas que iba alternando en el *walkman* pero sobre todo *Fun House* de The Stooges. Repartía en Winhall, en las afueras de Airdrie, que era uno entorno extremo. Luego conseguí un trabajo de verano en una floristería en Coatbridge, luego trabajé como pinche de cocina en el Hospital Monklands en Coatdyke. Eso me hizo odiar las zanahorias de por vida. Sin embargo, de repente tenía dinero para comprar discos. Todos los sábados quedaba con Johnny e íbamos hasta Glasgow y cada uno de los dos se compraba dos LP's: el primer disco de Ramones, el *Boom* de The Sonics, el *Easter Everywhere* de los 13th Floor Elevators —que es todavía a día de hoy el mejor disco de psicodelia de la historia—, el *Tago Mago* de Can, *Metal Box* de Public Image Ltd, el primer disco de Roxy, de This Heat, de Nurse With Wound, el *So Alone* de Johnny Thunders —de hecho cualquier disco de Johnny Thunders: todo el mundo en Airdrie estaba obsesionado con Johnny Thunders—.

Pronto nos coscamos de que a los músicos les gustaba pasarse por ciertos bares y también por ciertos cafés, pero la mayor parte de ellos chaparon ya hace mucho tiempo, de modo que no tiene ningún sentido que los mencione ahora, y además iba a resultar descorazonador; antros de taburetes de cuero rasgados, con los saleros atascados por costras húmedas de sal, mesas de formica astilladas, que cayeron derrotados ante

cafeterías impersonales llenas de parejas de imbéciles de clase media y mamás embarazadas. Las tardes de los sábados, después de pasar el rato escuchando nuestras últimas compras en el salón de la casa Johnny—*The Modern Dance* de Pere Ubu o *Like Flies on Sherbert* de Alex Chilton, que aún suena retorcido y macabro, como una nota de suicidio en la que a uno no le quedara claro si es una broma o si es verdad— nos encaminábamos a uno de esos bares, nos acoplábamos por allí y observábamos qué pasaba. Alguna que otra vez nos encontrábamos con Big Patty y ambos nos hacíamos los sorprendidos, guau, ¿cómo tú por aquí? Nosotros siempre andamos por aquí y esas cosas. Llegamos a entablar una amistad auténtica, lo que en un primer momento resultó ser excitante. Ya estoy dentro, pensaba, ¡ya he llegado, bohemia!

Por aquella época Patty trabajaba a media jornada en una peluquería de Clarkston. Empecé a ir allí a cortarme el pelo, pero, en un primer momento, no tenía el coraje de preguntar específicamente por él y a veces ponía excusas: fingía un ataque de tos o desaparecía completamente del lugar si la cola se hacía más corta y terminaba con el dueño, un italiano esquelético, dándome la brasa, o peor aún, con su hijo, un chaval contrahecho de quien todos decían que era bulímico, lo que para mí, en aquel entonces, era la versión femenina de la anorexia, lo que no hacía más que aumentar la confusión. Una vez llevé una foto de Antonin Artaud que había fotocopiado de la portada de un libro de la editorial City Lights y pedí que me hicieran ese mismo corte de pelo. Tu pelo no tiene nada que ver con el suyo, dijo Patty. No puedo cortártelo así. Luego me contó que su banda, que por entonces se llamaba Slave Demographics, había salido en un programa de música alternativa de Radio Scotland. Para mí era un mundo de fantasía.

A veces, por las tardes, tomaba prestado el coche de mis padres. Acababa de aprender a conducir y me iba en coche hasta Caldercruix y más allá, pasado el embalse y de ahí a mi antigua escuela, que se parecía más a un viejo campo de concentración, y desde allí al aparcamiento del Safeway y de vuelta

por la estación de tren y una vez vi a Patty con su novia de entonces, a la que nunca llegué a conocer; fue antes de que comenzáramos a andar juntos y al poco tiempo cortaron, pero recuerdo que pensé: Guau, un romance de verdad; eso de tumbarse en la hierba y ponerse a charlar ahí sobre Sylvia Plath. Ella tenía el pelo oscuro, cortado a lo chico y llevaba los ojos pintados como una diosa egipcia. Él fumaba un cigarrillo, seguramente un canuto, pensaba yo, y llevaba un sombrero de copa abollado e iba con gafas de sol. Los observaba adentrarse en sus propias vidas y me daba la sensación de que estaba ante mi yo futuro, mi avatar soñado, que regresaba a una vivienda de protección oficial en Cairnhill que era la puerta de entrada a un universo paralelo.

Mi primer concierto fue en Glasgow, en un garito en un piso en algún lugar cerca de West George Street. Era el tercer piso de un edificio en el que había también un restaurante chino y un bar de solteros. Había dos filas que se excluían mutuamente: la de los punkis y la de los guais. Cuando Johnny y yo alcanzamos el final de la escalera, alguien comenzó a cantarnos «The Trail of the Lonsesome Pine» de Laurel y Hardy. De lo siguiente que me acuerdo es que estaba dentro del sitio bebiendo cerveza de una botella por primera vez en mi vida. Tocaron una canción de The Gun Club y Johnny y yo nos pusimos a bailar. Yo tenía las manos metidas en los bolsillos y parecía, básicamente, un imbécil; en cambio Johnny estaba con la cabeza agachada y los brazos en el aire, como si estuviera completamente inmerso en el baile. Luego vi a unas chicas de Airdrie que conocía de vista, unas posturitas de la leche, y Johnny me dijo: Vamos a hacernos un «Thunders», lo que significaba abrumarlas con nuestras credenciales, que fue lo que intentamos hacer. Somos los tíos más psicodélicos del lugar, les dijo Johnny. Luego le dio un cachete a una de ellas en el culo. Yo me quedé perplejo. Estaba como pez en el agua. Y ella no protestó. De hecho se rio. Luego vi que se iba con un tío que parecía un treintañero con una calva en la coronilla. Yo no estoy calvo, pensé, ¿qué tengo de malo? Finalmente el grupo

comenzó a tocar: era la nueva banda de Patty, *Occult Theocracy*. Sonaban como un trueno en el horizonte más remoto de mi cerebro. El cantante, al que todo el mundo llamaba *Street Hassle* —un tío que en invierno iba andando por la calle, en medio de la nieve, como un tirado, con una camiseta sin mangas y una lata de cerveza en la mano—, cogió el micro y se lo metió a presión en la boca de modo que aquello sonaba como el zumbido de una mosca y luego comenzó a decir: Mamá; repitió: Mamá; después hiperventiló durante un rato y dijo de nuevo: Mamá, sí, me siento muy bien. Cuando volví a casa me puse enfrente del espejo y empecé a revolverme el pelo. Sabía que nunca me lo volvería a peinar de nuevo.

Me compré una guitarra acústica que era lo único que me podía pagar y en los días que libraba —es decir, en los días en que no estaba haciéndome una paja en el baño de personal mientras me imaginaba a las limpiadoras en ropa interior—, me sentaba en el parque y hacía como que tocaba aunque, en realidad, no tenía ni puta idea de tocar. Miraba si la gente me observaba: llevaba un par de gafas de sol negras, de patillas anchas, y un día se fijó en mí *Big Patty*, que iba con un par de colegas, y se acercaron y se sentaron conmigo. *Patty* parecía un cadáver. Supuse que se estaba metiendo. Éste es *Beano*, dijo, presentándome al más alto de los dos, que tenía la nariz hinchada de un borracho o un caso de rosácea bastante feo; fuera lo que fuera no tenía buena pinta. Al otro lo llamaban el *Doug*. El *Doug* iba con una cazadora de motero con una cita de *John Cage* escrita con *Tipp-Ex* en la espalda: algo acerca de no tener nada que decir y decirlo. Había pillado una copia de *Indeterminacy* de *John Cage* en una de mis últimas incursiones por las tiendas de discos e intenté impresionarlo. Me pongo *Indeterminacy* en el trabajo, en los cascos, mientras limpio los cacharros de la cocina, le dije. Igual sería mejor que escucharas a los cacharros, dijo inexpresivo el tal *Doug*.

Oye, dijo *Patty*, ¿nos podrías hacer un favor? Claro, contesté. Dime. No, dijo. Olvídalo. No merece la pena. Venga, le dije. Me gusta ayudar. Sacó un cigarrillo e intentó encenderlo,